

girls who code

En código «amigas»

Stacia Deutsch

edebé

girls who

En
código
«amigas»

Hola, soy Reshma, la fundadora de Girls Who Code.

¿Sabes lo que es programar o escribir código? Es decirle a un ordenador, a un teléfono móvil o a un robot lo que tiene que hacer. Pero programar también es crear, imaginar e inventar cosas extraordinarias según tus intereses, y, sobre todo, pasarlo bien con tus amigos.

Girls Who Code es una organización que enseña a las chicas a escribir código. Ayudamos a las niñas a descubrir todo lo que podrían realizar si aprendiesen a programar: desde crear un juego para alertar sobre el cambio climático, hasta idear un sistema de iluminación sensible a los ritmos de la música. Cuando aprendes a programar, se abre un sinfín de posibilidades.

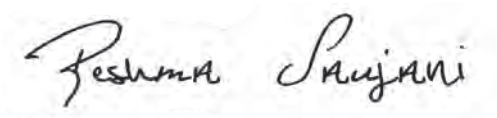
Apenas comencé con Girls Who Code, me di cuenta de la falta de libros que explicaran qué hace una chica que se dedica a la programación. Yo siempre digo: «No puedes ser lo que no ves». Y eso es cierto también con los

libros. Necesitamos leer historias de chicas como nosotras, que nos inspiren para emprender algo nuevo.

En este libro podrás leer acerca de una niña llamada Lucy y su grupo de amigas, que aprenden a escribir código. Ellas son como las chicas que participan en nuestros programas: quieren construir cosas chulas, conocer a otras programadoras y divertirse.

Mi esperanza es que, leyendo este libro, te animes a unirte a nuestro movimiento de miles de chicas que están cambiando el mundo mediante la programación.

¡Feliz lectura... y a programar!

A handwritten signature in black ink that reads "Reshma Saujani". The signature is written in a cursive, flowing style.

Reshma Saujani

Girls Who Code. The Friendship Code

Text and cover illustration copyright © 2017 by Penguin Random House LLC
and Girls Who Code Inc.
Emoji provided free by EmojiOne.

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.
This edition published by arrangement with Penguin Workshop, an imprint of
Penguin Young Readers Group, a division of Penguin Random House LLC.

© Ed. Cast.: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net
© Traducción: M.ª Carmen Díaz-Villarejo

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2019
ISBN: 978-84-683-4550-5
Depósito legal: B. 14111-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

girls who
code

En
código
«amigas»

Stacia Deutsch

Traducción: M.^a Carmen Díaz-Villarejo

edebé

Capítulo uno

—Lucy..., Lucy..., Lucy...

—¿Qué? —Estaba tan emocionada por que tocara el timbre que no me di cuenta de que mi profesora me estaba llamando—. ¡Oh! —levanté la cabeza y vi un problema larguísimo en la pizarra digital, y dije—: Cuatro.

La señora Clark me observó durante un momento, miró por encima de su hombro hacia los números que había escrito y contestó:

—¡Correcto! Esto es todo por hoy. No hay deberes, así que estudiad el tema. —Por fin sonó el timbre—. Que tengáis una buena tard...

No oí la «e» al final de la palabra porque, cuando terminó de pronunciarla, yo ya me hallaba al final del pasillo.

Deseaba con todas mis fuerzas que llegara ese momento desde que vi el *post* en la web del colegio Halverston. ¡Por fin estaba en sexto grado! Y por fin iba a asistir a mi primer encuentro del club de programación.

Saludé con la mano a Anjali, mi mejor amiga, cuando me crucé con ella por el pasillo. Se dirigía con mucha prisa hacia el club de cine, ubicado en la dirección opuesta.

—¡Mándame un mensaje! —me pidió, aunque no hiciera ninguna falta, ya que siempre lo hacía.

Me sujeté con fuerza las correas de la mochila y corrí. Yo ya había escogido un sitio en la sala de ordenadores. Quería estar en el centro de la primera fila. Y quería comenzar inmediatamente una aplicación que ayudara a mi tío a cambiar el mundo.

¡OH!

—Mira por dónde vas —me regañó Sophia Torres, bloqueándome el paso hacia la sala de ordenadores. Alta y en forma, abarcaba toda la puerta cuando estiraba los brazos. Yo no tenía por dónde pasar.

—Lo siento —me disculpé, al tiempo que miraba sus zapatillas de deporte nuevas. No quería discutir, tan solo que se apartara.

—*Geek* —murmuró Sophia.

Me dolió un poco. No era la primera vez que alguien me llamaba eso, pero no iba a permitir que nadie me estropeará mi asistencia al club de programación. En el colegio había unos cuantos niños que me intimidaban, pero Sophia no era uno de ellos. Respiré hondo y repliqué:

—¿No deberías estar haciendo deporte? —Creía que Sophia dirigía el equipo de fútbol durante el trimestre de otoño, pero, como apenas habíamos hablado en los últimos meses, no estaba segura.

Entrecerró sus ojos, tan oscuros como su pelo, y contestó:

—Me voy a tomar los lunes libres para esto.

Oí pasos detrás de mí. Si no la dejaba atrás pronto, tampoco otros niños podrían pasar a la sala.

Me agaché para colarme por el lado izquierdo, pero me bloqueó la entrada mientras se reía.

—Venga, Sophi —le dije tranquilamente utilizando la forma con que la llamábamos desde Infantil—. Sabes lo importante que esto es para mí.

—Para mí también lo es. —Y entonces Sophia se dio la vuelta y entró en la sala, sentándose justo donde yo quería y poniendo sus manos sobre el ordenador que me había pedido mentalmente.

Suspiré y tomé sitio al final de la fila intentando ignorarla mientras la clase se llenaba de estudiantes. Aunque ya no éramos amigas, no había ningún motivo para no poder estar juntas en el club de programación. Eso fue lo que me dije a mí misma.

Un grupo de niños entró en el aula antes de que lo hiciera la señora Clark, quien inclinó la cabeza nada más verme.

—Muy bien, Lucy. Has llegado en tiempo récord.

Sonreí. La señora Clark era mi profesora favorita, y me gustaba que fuera ella la encargada del club de programación. Nació en el Líbano y fue a la universidad en Inglaterra antes de venir a Estados Unidos. Siempre nos contaba historias muy interesantes sobre sus viajes por todo el mundo y acerca de lo que había hecho antes de convertirse en maestra. Y cuando yo la escuchaba, casi quería llegar a ser profesora como ella..., pero solo casi. Porque, en realidad, yo deseaba ser programadora de ordenadores, igual que mi madre. Anjali solía bromear con que mi primera palabra seguramente no fuera «papá», sino «datos».

—Alicia Lee..., Bradley Steinberg..., Maddie Lewis..., Mark Lewis... —La señora Clark fue pasando lista. Cuan-

do llegó a Maya Chung, moví la cabeza hacia todos lados. No había visto que Maya entrara, y me preguntaba por qué estaría apuntada. Maya era de séptimo grado y, a diferencia de Sophia, era una de esas niñas a las que yo temía. No porque fuera mala, sino porque realmente era guay. Era la presidenta de la Asociación de Estudiantes y tenía una sección sobre moda en el periódico del colegio. Nunca había hablado con ella, ni siquiera habíamos cruzado la mirada, porque realmente no sabía qué decirle.

Miré mi camiseta de *Doctor Who*. Maya nunca llevaría una camiseta y pantalones vaqueros, no sin un accesorio como un pañuelo alrededor de su pelo corto y negro, o algo más arriesgado como una cadena o pendientes. Al menos, eso era lo que decía en su último artículo. Yo siempre los leía.

Nadie que me observara atentamente diría que me interesaba la moda. Y aunque no pasara mucho tiempo arreglándome por las mañanas, me gustaba leer lo que Maya escribía y seguir sus consejos, como pintarme las uñas de rosa clarito. Me encantaba cómo brillaban.

—Estoy aquí —refunfuñó Maya, como si aquel fuera el último sitio en el que quisiera estar.

Yo pensé que, si en verdad deseaba aprender a programar, mejor habría sido empezar el año anterior, ya que se ofrecía a alumnos a partir de sexto. Me pregunté por qué no lo habría elegido antes.

Sintiéndome un poco avergonzada, me estiré una arruga de la camiseta. La señora Clark seguía pasando lista.

—Grace Rahman..., Sammy Cooper..., Ellie Foster..., Leila Devi...

¿Empezaríamos a programar alguna vez? Ya habían pasado diez minutos y la profesora seguía con los nombres. Cuando parecía que iba a terminar, sucedió algo.

Bip, bip, bip.

Pero no era lo que yo había estado esperando. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que ese sonido procedía de mi mochila. Y no era un zumbido suave que se pudiera disimular con el ruido de fondo de la clase o se pudiera pensar que venía del pasillo. No. Era un sonido estridente que hizo que todo el mundo dirigiera sus ojos hacia mí.

—Lucy —dijo la señora Clark—, ya conoces las reglas del colegio con respecto a los móviles. Esas mismas reglas se aplican también a las actividades extraescolares. —Señaló entonces mi mochila—: Apágalo y dámelo. Me lo quedaré hasta el final de la clase.

Mi corazón latía con rapidez y sentía que me ardía la cara. Cogí la mochila para buscar el móvil; estaba segura de que me iba a dar un infarto. Mi teléfono había estado en modo silencio todo el día, como indicaban las normas del colegio, así que no tenía ni idea de qué estaba pasando.

Después de lo que me pareció una eternidad, lo encontré y le di la vuelta para tratar de apagarlo desesperadamente. Pero la pantalla estaba en negro, y el sonido se hizo más estridente.

—Ponlo en vibración —sugirió Maya, nerviosa. Era horrible que fuera eso lo primero que me dijera.

—Ya lo he intentado, pero no funciona —contesté, sintiendo que mi cara se ponía aún más roja.

—Apágalo —ordenó Bradley riéndose entre dientes mientras sus pecas parecían brillar. Realmente le parecía todo muy divertido.

Le miré de forma fulminante.

—No se me enciende la pantalla.

—Estréllalo contra la mesa —insistió Bradley, burlándose con sus amigos.

Le ignoré.

El sonido continuó resonando por toda la clase, al tiempo que todos comentaban lo que debía hacer. Me sentía

como si me estuvieran gritando, lo que hacía que mi corazón latiera con más fuerza.

La señora Clark vino hasta mi mesa. Con su tranquilidad habitual, se retiró el pelo largo y oscuro detrás de las orejas, se subió las gafas y estiró la mano. Yo le di el teléfono.

No sé cómo, pero por fin se iluminó la pantalla. Comenzó a deslizar el dedo y pensé que iba a mirar todas mis aplicaciones.

De repente, el sonido paró. Respiré profundamente y me serené.

La señora Clark me lanzó una ojeada un tanto sospechosa.

—Parece que alguien que sabe un par de cosillas sobre programación ha hecho un jueguito y lo ha descargado en tu móvil. Estaba programado para que empezara a sonar y se bloqueara.

—Yo...

¿Cómo habría sucedido algo así? ¡Me tendría que haber dado cuenta!

Comencé a decir que no sabía quién podría haber hecho eso. Debía de ser alguien con acceso a mi móvil. Y alguien que se divirtiese gastándome bromas.

—¡Ah! —Ya sabía quién había enredado en mi teléfono y, por su mirada, la señora Clark estaba de acuerdo. Era su alumno dos veces por semana.

Me sonrió entonces de manera compasiva.

—Saluda a Alex de mi parte cuando lo veas.

—Lo haré —asentí, pero las dos sabíamos que, en cuanto llegara a casa, iba a hacer algo más que «saludar» a mi hermano.